

Y si a usted en el sueño le dieran una rosa

Isaías Peña Gutiérrez

Director del taller de escritores de la Universidad Central

Después de *Una y muchas guerras*, su primera novela, publicada por la Editorial Planeta en 1985, cuyo argumento se extiende hasta el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán en abril de 1948, Alonso Aristizábal ha regresado a sus lectores, luego de doce silenciosos años de trabajo personal, con su segunda novela, *Y si a usted en el sueño le dieran una rosa*, editada por Arango Editores en 1997.

Alonso nació en Pensilvania, Caldas, en 1945, y en cada una de sus obras literarias nos ha ido poniendo en contacto con la vida de su pueblo, con la de sus padres y antepasados, y ahora, en su última novela, con quienes pudieran ser sus hermanos. Pero dicho así puede conducirnos a falacias que cierran el paso a una recepción completa y válida de su obra.

Y si a usted en el sueño le dieran una rosa recorre un camino deliberado, en el que todo está sopesado para vencer dificultades y alcanzar efectos precisos.

En primera instancia, se trata de no abandonar, ni traicionar, las raíces culturales de los autores que nacimos en topografías ajenas a las metrópolis o ciudades. El avance de la tecnología o la simple presencia de muchísimos nuevos temas en el mundo de finales de este siglo, podría generar el distanciamiento de los temas antes llamados regionales en los escritores contemporáneos. El justificado temor al costumbrismo o a la reescritura de añejos y obsoletos modelos literarios, ya agotados en la narrativa anterior a los años sesentas, también podrían causar ese distanciamiento frente a argumentos localizados en zonas no urbanas o citadinas. La autenticidad, si es que existe, o la sinceridad, en el manejo de los temas literarios, obligan al escritor a no ceder frente a los temores que infunden las modas o ciertos desplazamientos de la modernidad. Por eso, Alonso Aristizábal continúa rindiendo cuentas de su propio y genuino mundo, sin complejos de ninguna naturaleza. Tal como aconteció con Gabriel García Márquez y su mundo regional literario, tan ajeno a la modernidad de quienes, en su compañía, hicieron la novela de los años 60 y 70.

La familia, la vida y sus aventuras juveniles, en un pueblo colombiano de mitad de siglo, constituyen el telón de fondo de esta novela de fines de siglo. Allí están sus coordenadas principales. No se eluden sus condiciones familiares o sociales, ni políticas. Unos muchachos quieren estudiar, se enamoran, pierden el tiempo, viven un golpe de estado y un gobierno militar, o descubren la zona de tolerancia, alienan leyendas, gozan el paisaje, presienten y asisten a los primeros brotes de violencia, y aprenden que la muerte también existe. Los hermanos de Rosa, la doble narradora, Aníbal, Marina, Martha, Gustavo, y sus amigos, crean una red de emociones que se extienden como tentáculos a través de una línea argumental dispersa y casi invisible. Ellos, junto con sus padres, muertos con violencia -como el de Jairo-, y otros derrocados -como el de Rosa-, existen allá en un inmenso mural tras del cual se suceden los sueños de otra realidad tan inquietante como esta primera.

Porque para Alonso Aristizábal lo importante no era saldar cuentas con sus raíces desde una perspectiva anecdótica -que en muchas ocasiones se pierde en la novela en tanto que el argumento no es lineal-, sino descender hasta tocar fondo, o ascender para alcanzar el cielo y las nubes, en remolinos o espirales de nieblas y vigiliias.

Rosa, la doble narradora y protagonista de la historia, se encarga de eliminar la instancia anecdótica de la novela al huir de la realidad en el doble sentido -en el mejor sentido- de iniciar un viaje hacia su pasado por los caminos de la memoria desvertebrada.

Uno de los recursos interesantes de la novela consiste en que Rosa, adulta, asume su historia juvenil como si se tratara de otra persona, la de otra Rosa, hermana. La interroga desde la lejanía y la ve como una amiga extraña, perdida en las lluvias de las tardes de su infancia en el colegio, o en los paisajes de un mundo que incluye veraneras que alumbran los anuncios de las muertes venideras.

El punto de partida es aquel día en el que con un hijo en su vientre, acompañada de su hermano Gustavo, abandona su pueblo en un bus que ascenderá en espirales a la montaña plagada de nieblas, mientras ella desciende

en remolinos de vigiliass a lo más hondo de su interior con el deseo de verificar la verdad de sus encuentros con su Capitán Kid y los marineros que pasaron por un puerto que en ese instante ella, también, abandona. Bellísima imagen que trasiega toda la novela y que, poco a poco, nos saca de la realidad primeriza de la anécdota pueblerina, para sumergirnos en una cautivante ensoñación de amores y pesadillas vividas por una mujer, que siendo de provincia se siente profundamente humana en todas sus dimensiones universales.

El bus rueda y patina encima del tiempo y de las nubes. Ella va y viene en su memoria y del sueño pasa al sufrimiento, sin saber, a ciencia cierta, si los deseos se convirtieron en besos, o si esos besos en aquellos amaneceres autistas y turbulentos cayeron en la agonía de una ilusión. Y en esos trances se producen todas aquellas páginas de la novela en las cuales encontramos lo más hermoso de ella: la identificación del sueño de la realidad. Desdoblamiento, ensoñación, vigilia, oscuridad lúcida, niebla y lluvia, veraneras fosforescentes, la mentirosa realidad que por fuera aprendimos para engañarnos por dentro, pero que aflora con el pasado, y que con el hermano que llevamos en nuestro interior, un día

sorprendemos infraganti. El sueño real es la vida, a pesar de que sigamos hablando de sueños y realidades, como dos cosas diferentes. Y en la vida de Rosa todo se funde, sin que podamos separar lo soñado de lo no soñado, porque no hay límites en ese sentido. Esa fue su realidad, no como metáfora -que es lo que uno aprende en la novela de Aristizábal-, sino como cruda realidad, como vigilia, esa letal realidad que lo consume todo y que nos sintetiza de manera vertiginosa.

Enamorada de Jairo, de su Capitán Kid -Rosa se lo cuenta a Rosa, mientras regresa a la espiral del bus que parte y asciende-, en un momento fugaz ella se le entrega y él desaparece hasta reaparecer muerto, entonces, Luis, un agente viajero, tan marino como su ensoñado Capitán Kid, se casa con ella y a los tres meses desaparece.

Puede ser un sueño, o puede ser su realidad, para quienes separan las dos dimensiones. Pero, para Rosa, la

que pierde a su marinero y a su esposo y luego se queda sin el hijo que llega a tener, sin que el sueño permita dilucidar quién fue su padre; para el lector convencido, que no quisiera terminar el viaje sin destino; para el poeta («El canto del poeta nos abre los caminos del sueño», p. 11) que, en el fondo, escribe la novela, sin embargo, es una rosa entregada en el sueño.

Las muertes en la novela, la de Odilia, compañera de estudios, hija de una prostituta, de Aníbal, su hermano, y la de Alfonso, padre de Jairo, una por amor, otra por accidente y otra por violencia política, y los descalabros afectivos de la protagonista, parecerían darle a *Y si a usted en el sueño le dieran una rosa*, un tinte desolador y pesimista. La vida que hemos vivido pareciera, también, tenerlo. No obstante, el sueño de la realidad, la despiadada vigilia, momento en que los dos que somos vivimos uno solo, en la novela se convierte en un homenaje desbordado hacia la literatura.

El círculo abierto con la infancia de Rosa, que se cierra cuando ellas dos, 20 años después, regresan solas al pueblo, inexistentes o cambiadas las casas, las calles y las gentes, le han permitido, en la ensoñación, recoger por escrito ese libro que ya se termina. La historia del circo, la casa del Bosque, el palomo

que se llevó el cuervo, las veraneras, el río donde se ahogó Odilia, el colegio, los hermanos, el campero que dejó Aníbal, el Capitán Kid, el marinero viajero, Luz Marina Zuluaga, todo lo que Rosa fue se va como una mitad convertida en libro. «Yo no soy yo, soy otro ser, soy una mujer sin su mitad de pasado y a quien le han dado a cambio una rosa. Usted ya marcha conmigo entre mi silencio», dice Rosa al final (p. 282). O también, «Hermana, cuando la recuerdo y veo que está en mi mente como el ángel de la vida, tengo la seguridad de que me han dado una rosa en el sueño» (p. 285). «Hermana, solo en los libros las rosas terminan siendo rosas y se mantienen como el fuego vivo».

Que es la rosa que en el sueño recibió Alonso Aristizábal y nos la ha entregado en su valiosa novela, *Y si a usted en el sueño le dieran una rosa*.

Bogotá, D.C., 28 de agosto de 1997

hojas Universitarias.....

